

⊖ RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

*I Am my Language. Discourses of Women & Children
in the Borderlands*, Norma González, Tucson,
University of Arizona Press

*Fiamma Montezemolo**

“I am my language” es una frase de Gloria Anzaldúa que representa bien las diferentes temáticas enfrentadas en este intenso texto.

El uso de la primera persona del singular *I* (yo) se refiere no solamente a una sensibilidad de la autora, Norma González, hacia una autorrepresentación de los (las) protagonistas de su investigación, sino también a su propia subjetividad. Hay un común origen mexicano entre el sujeto investigador y los sujetos-objetos de la investigación. Por eso el desafío de la representación se hace todavía más complejo e interesante.

Norma González trabaja en el área de antropología y educación y propone aquí un análisis del lenguaje de mujeres y niños de origen mexicano que viven en Tucson, Arizona, región muy cercana a la frontera que separa a México de Estados Unidos.

Después de los años sesenta –cuando fue publicado el diario privado de Bronislaw Malinowski– y del seminario de Santa

Fe de los ochenta –bautizado como *Writing Culture*–, la antropología se ha hecho más sensible a las diferencias, a la pertenencia cultural y política del mismo investigador, a la dinámica del encuentro con el sujeto investigado y a su representación.

En este sentido, el libro de González me parece importante porque al evidenciar la familiaridad y la extrañeza hallada en el encuentro con las mujeres y los niños de la clase obrera de Tucson no se ha sustraído a la representación de la complejidad de ese mismo encuentro.

En el intento de escuchar las voces de los (las) protagonistas presentes en este libro, la autora escucha su propia voz de antropóloga y de mujer perteneciente a una cierta clase y demuestra cómo las raíces étnicas no son bastante poderosas para anular otras diferencias. Ella habla de su odisea: “I had always been on the other side of the line between self and other, anyway, because the ‘other’ was Anglo Tucson” (xviii). Esto quiere decir que en

*Profesor-investigador de El Colegio de la Frontera Norte. Departamento de Estudios Culturales. Dirección electrónica: fiamma@mail.colef.mx.

las dinámicas del encuentro entre identidades diferentes, los mexicoamericanos y mexicanos recién emigrados en Tucson pueden sentir una identidad unitaria si tienen como referente opuesto el anglo blanco. El problema es que las oposiciones y afinidades nunca acaban de desarrollar un papel en cualquier confrontación. Por eso, también, si la autora se puede llamar una *native anthropologist* por tener en común el habla española con su sujeto-objeto de estudio, siempre existirán otras diferenciaciones que la distinguirán de su sujeto-objeto de investigación. La autora habla de un espacio de investigación no exótico para ella, pero yo apuntaría que el exotismo fue creado por los que miraban los otros espacios; que no se trataba de algo que intrínsecamente formaba parte de esos espacios: “I became a participant/observer not in an exotic or unknown land, as anthropologists tend to do, learning the language for the first time, but within my own intimate circles” (xvii).

Por las otras diferencias de que hablábamos antes, al mismo tiempo ella admite que: “I can offer only a partial perspective because my voice, with its own location, implies the exclusion of other voices” (xix) y “Although the native anthropologist may have particular insights into his or her home community, it is never a transparent overlay. None of us has lived the lives of our neighbors and friends, and our external similarities may belie widely divergent orientations, I learned early on in the fieldwork process that ethnography is transformative: I was deeply affected by the stories I heard, and I believe that the women telling the sto-

ries tapped reservoirs of deeper self-reflection” (p. 32).

La otredad, como el exotismo, es construida desde afuera; no es en el otro (a); es en quien la nombra, la define.

Las diferencias cruzan el texto continuamente. Ella tiene muy presente este asunto y lo explica en su perspectiva pos-estructuralista a través de la cual interpreta la vida de mujeres y niños (as) de su círculo de conocidos. Aquí también se considera cómo, a pesar de la aparente uniformidad, el sujeto-objeto de estudio es muy variado: las diferentes voces cuentan historias de vidas en las cuales intervienen y las distinguen etnicidad, género, clase, particular experiencia migratoria o de nacimiento en los Estados Unidos, preferencias religiosas —como la del cristianismo evangélico, que la sorprende— y diferentes estrategias educativas. Las mismas experiencias se alteran en el curso de la investigación: personas que se mudan de un lugar a otro y cambian la dinámica de la interacción en la casa; que se convierten a nuevas creencias, etcétera. Lo que parece siempre determinante es el contexto, la circunstancia particular en la cual se vive. Las mismas mujeres no se pueden definir de igual manera; no caben en el único denominador de mujer. Esta observación es muy importante en el actual debate posfeminista, en el cual mujeres llamadas *tercermundistas*, o también *queers*, critican muy duramente la pretensión de homogeneidad del feminismo clásico, un feminismo históricamente de matriz blanca de clase media.

Resulta muy interesante ver cómo cada mujer educa a sus hijos y desarrolla un

cierto lenguaje en conexión con su propia experiencia de vida: unas se concentran más en aplicar normas similares a las de donde vienen porque con ellas se encontraron a gusto a lo largo de su vida, mientras que otras prefieren elaborar nuevas estrategias educativas, como Marina y Raquel, quienes buscan nuevos paradigmas para sus hijos y rechazan reproducir los suyos que las limitaron tanto en su pasado. La autonomía económica de algunas de estas mujeres ha sido una clara elección de autonomía del contexto de dependencia respecto de la cultura orientada en sentido masculino de la cual venían.

Decíamos que el asunto de la diferencia atraviesa todo el texto: cuando la autora da como título *I Am my Language* busca y articula una definición de ese *I* (yo) en un nivel étnico. Entonces explica por qué descartó el uso del término *latinos* o del vocablo *hispanicos*: los dos, con sus propias diferencias (el primero, atado a una autorrepresentación, y el segundo, producto de las políticas gubernamentales), reenvían a categorizaciones, según ella, demasiado inclusivas. Ambos se conectan a un pasado colonial y ambos hacen esenciales las diferencias internas no reconociendo que la experiencia de un indígena mexicano recién llegado a Estados Unidos y la de un brasileño de clase media son sumamente distintas. Lo que yo subrayaría —respecto a la motivación para elegir el término *Mexican origin* para definir étnicamente su sujeto-objeto de estudio— es que *latinos* no siempre se considera como un término que quiere homogeneizar las diferencias internas, sino como un vocablo útil para representar una afi-

nidad de experiencia: la de la marginalización y de la subalternidad en los Estados Unidos. Bell Hooks y Paul Gilroy explicaron bien esta condición en sus teorizaciones a propósito de los *blacks*.

Llegamos así a la última parte del título del libro, *Language*. Norma González se acerca a la problemática del lenguaje a través de una perspectiva antropológica y habla de *language ideology* porque asume que el lenguaje refleja la manera en que estructuramos nuestros mundos y nuestras propias identidades en un contexto social definido. En este sentido, lenguaje significa también política, economía, etnicidad, historia, emociones. El lenguaje no es una sola construcción individual: el lenguaje es tomado en un contexto social en el cual se articulan ciertas prácticas de poder. Por eso, en ciertos casos —como el presente en su investigación—, es preferible hablar inglés (en la escuela, con el médico, en los contextos institucionales), y en otros, español (en la familia, en relación con la comida y la música, en los rituales como las quinceañeras). El estado de minoría y de clase influye en el uso que se hace de un cierto lenguaje porque este uso se relaciona con el problema foucaultiano de quién tiene o no tiene el poder de tomar la palabra en ciertas circunstancias histórico-políticas.

Cuando el lenguaje de una persona es más de uno —en este caso, cuando se manejan dos lenguajes—, la situación se hace todavía más compleja. El mundo y la identidad que se estructuran a partir de este bilingüismo son mundos e identidades múltiples. Desde el momento en que sucedió la guerra México-estadounidense en

el siglo XIX y con la migración constante, las identidades se han enriquecido de múltiples experiencias, las cuales se encuentran reflejadas en el lenguaje y en su uso: “Access to more than one semiotic system helps children explore the infinite permutations of the inner self and its relationship to the outside world” (XIX-XX). La vecindad de la frontera no permite el desapego de la cultura de origen mexicana y empuja continuamente a relacionarse e identificarse con múltiples *repertoires of identity* (XX). El lenguaje permite esta relación entre identidad y contexto. Por ejemplo, en Tucson, la introducción de muchos (as) niños(as), por parte de sus familias, en una cultura fuertemente expresiva (danza, música, teatro), atada al mundo de habla española, es parte de una resistencia al contexto *gringo*: “Resistance to economic and ideological domination may take many forms, and in Tucson expressive art emerged as both counterdiscourse and a form of pleasure”.

Los niños, explica la autora, reciben contrastantes mensajes del mundo a su alrededor y cada uno de ellos escuchará unos y eliminará otros. Se trata de un proceso continuo que llevará al desarrollo de identidades plurales y diferenciadas, creadas entre asimilaciones parciales, resistencias y reelaboraciones. Los padres intentan mediar entre las culturas y las ambigüedades contenidas en un contexto estadounidense y otro mexicano para evitar reproducir las tensiones en las cuales ellos mismos vivieron. Las actividades cotidianas y el lenguaje se organizan intentando lograr para los niños(as) una cierta estabilidad a fin de empujarlos a cons-

truirse en un sentido del yo que no sea marcado por la contradicción y la desorientación. Por ello se seleccionan y transmiten ciertos emblemas étnicos —uso del español, música, danza, religión, encuentros, rituales, activismo político— para darles la posibilidad a los hijos(as) de *sentir* su ascendencia mexicana y sobrepasar la dificultad de ser parte de una *minoría* étnica en los Estados Unidos. En este sentido, la etnicidad tiene un significado que puede ser representado por varios significantes cuya variabilidad se relaciona con la elección selectiva puesta en práctica por las mismas familias. Lo que es importante es el significado de resistencia. Parece ser una forma estratégica de reconocimiento en un contexto de subalternidad, más que una búsqueda de autenticidad. No hay una intención final de volver a ciertas raíces mexicanas, especialmente en los casos de los de segunda generación *there is no turning back* (p. 89). Claro, en el caso de los migrantes de primera generación, el sentido de la diáspora puede ser más contradictorio, y las ganas de volver al país propio, más fuertes.

La trayectoria que se evidencia en este libro lleva a una crítica del concepto unitario y holístico de cultura. El isomorfismo entre una cultura y un lenguaje no funciona más en un mundo tan globalizado y localizado al mismo tiempo. El concepto de cultura, como una cierta antropología, está en crisis. Por eso la autora prefiere utilizar el concepto de identidad: un concepto que probablemente se siente más dinámico, más respetuoso de un inevitable proceso presente en la vida de estas familias de la frontera y de un contexto marcado por la pluralidad lingüística.

Norma González habla de una antropología aplicada, que tiene un seguimiento en una aplicación práctica y una influencia en la política educativa de la escuela: una antropología que enseña la imposibilidad de cualquier reduccionismo, de una educación que sea uniforme en su aplicación y sus fines. En este sentido da mucha atención a la vida cotidiana de los(as) niños(as), y el aprender de allá y de ellos(as) cómo ayudarlos en su desarrollo educativo es fundamental, probablemente

a través de un diálogo permanente con ellos(as) y sus familias, con sus exigencias particulares, con sus diferencias.

Así concluye su libro la autora: “I began by trying to find out the *one truth* about how understanding language use can impact children's school achievement. I found out that there are many partial truths and that there is no *one* correct way to foster educational development” (p. 190).

Estoy de acuerdo con su conclusión.

